

de gente, á la cual habrá que vencer y despedir como fueron vencidos y mandados á paseo los anteriores bárbaros.

»Presumo yo que los guerreros de la faja negra, traídos ahora por una dama, cuando se aseguren en el territorio recientemente adquirido, extenderán su dominio á todas las esferas y serán nuestros amos. Fortalecerán su poder educando á las generaciones nuevas, interviniendo la vida doméstica, y organizando sus ejércitos de damas necias y santurronas, paulatinamente dotadas con el armamento piadoso que les llevará á una fácil conquista. Preparémonos, ¡oh Casiana de mis pecados!, y pues sufrimos esclavitud, seamos cautos y comedidos con nuestros dominadores, hasta que llegue, si es que llega en vida nuestra, el momento de darles la zancadilla. Cuando salgamos de paseo y nos encontremos con un ignaciano, yo me quitaré el sombrero y tú darás una discretísima cabezada en señal de aparente sumisión, rezongando para nuestro sayo: *Adiós, Reverendo, vive y triunfa, que ya te llegará tu hora.*»

### XXIII

Mientras tomábamos café salieron presurosas las dos *Efémeras*, y una de ellas, en quien creí reconocer á la que me dió la pluma milagrosa en la plazuela de Santa Ana, dijo,

tocándome en el codo: «Aprisita, que es tarde»... Al pasar las dos rapazuelas del bodegón á la calle, advertí que sus flotantes túnicas se trocaron de negras en verdes.

Reparadas las fuerzas con el sabroso condumio, Casiana y yo seguimos paseando. Nuestra lenta y maquinal andadura nos llevó por los *Pozos de Nieve* y la antigua Ronda de Santa Bárbara hasta encontrarnos, sin saber cómo ni por qué, en el *Campo del Tío Mereje*, lugar asoleado y polvoriento que en verano suele ser invadido por los jayanes que apelean alfombras, y en todo tiempo es academia donde los maestros de tambor enseñan á los quintos el paso redoblado, el paso lento, y demás fililíes del sonoro parche guerrero.

Al llegar nosotros al egido, que antaño debió ser Eras de Madrid, vimos tan sólo unos hombres que machacaban cañas para tejer cañizos de cielo raso. Nos entreteníamos en contemplar aquella ruda faena cuando Casianilla, mirando al cielo, exclamó asustada: «¡Cristo bendito! ¿No ves el sin fin de aves que giran en el aire trazando círculos con aleteo y greguería infernal? Parece que bajan hacia nosotros. ¿Serán éstas las brujas, que de día vienen á reconocer el lugar donde han de reunirse por la noche en juntas y concilios demoniacos?»

Alcé yo mis ojos al cielo y dije á mi amiga: «No son brujas, Casiana. Son las *Efémeras*, espíritus mensajeros de lo que en el mundo llamamos la Actualidad. Traen y llevan el suceso del día. Aquí se congregan

sin duda para distribuirse el trabajo y ver á dónde transmiten sus raudas informaciones. No tengas miedo, que aunque algunas veces son portadoras de mentirijillas ó falsedades inocentes, no hacen daño á los mortales, sino antes bien los entretienen y halagan. ¿Ves cómo abaten el vuelo, acercándose cada vez más á nosotros? Parece que quieren conversación. Has de saber, hija mía, que son muy traviesas y habladoras.»

Gradualmente descendían las sílfides en su giro vertiginoso, y nos aturdían con aquel rumor, que no sé si era cháchara ó graznido, bullanga de risas ó estridentes exclamaciones de alegría burlesca. Con rápida inspiración pedí á los tejedores de cañizo que nos prestasen dos cañas, y pertrechados Casiana y yo con estas inocentes armas acometimos á cañazo limpio á las *Efémeras*, cuando ya pasaban rozando nuestras cabezas.

Por fin logré atrapar á una, cogiéndola por la túnica, y la traje al suelo. Era lindísima, sus mejillas coloradas echaban fuego, sus ojos luz, sus cabellos negros y rizosos delataban las manos del viento jugueteón.

«¿De dónde vienes tú?—le dije.—¿Has visto entrar en España muchos frailes?»

—Sí, señor don Tito—respondió ella con amable donosura.—Yo pertenezco al grupo *Céfiro*, y trabajo en la parte de los aires que ustedes llaman Noroeste. En Coruña vi entrar una partida de hombrachos vestidos de estameña y con unas correas llenas de nudos. Eran franciscanos. Llegaron en un va-

por. Salieron á recibirles muchos señores beatos, y las damas pías les enviaron á su alojamiento jamones y tortas de dulce. Al día siguiente desembarcó otra caterva de frailes, con diferentes vestiduras, y marcharon á Santiago llamados por el Arzobispo, que les tenía dispuesto un hermosísimo convento. Mi hermana, que estaba en Vigo viéndoles venir, presenció el desembarco de *un porción* de gandules que dijeron ser de los de Santo Domingo. Al instante partieron para Pontevedra, donde ya les tenían apercebida casa cómoda y mesa bien provista de cuanto Dios crió.»

Casiana logró atrapar otra ninfa, rubia como las espigas, de ojos azules, la cual, antes que la interrogaran se arrancó con esta graciosa respuesta: «Yo soy del grupo *Boreas*, que vosotros decís Norte, y en la frontera de Irún he visto entrar una patulea sin fin de frailucos. Unos traían haberos blancos, melenitas que les tapaban las orejas, y sombreros tricornios que parecían cosa de máscara. Dijeron que venían á España para poner escuelas y enseñar á los niños. ¡Bonitas cosas les enseñarán!... Luego entraron otros, vestidos de blanco y canelo, lucios y fornidos como mozos de cuerda. Parece que éstos son carmelitas. Salieron á recibirles la mar de señoras aristocráticas y ricachonas, que les bebaban los rosarios, popándoles y haciéndoles fiestas como si les hubieran conocido toda la vida. A ellos se les saltaban las lágrimas de contento, y miraban á todos lados en busca

de alguna mesa donde pudieran matar el hambre atrasada que de Francia traían... ¡Pobre España: buena nube de langosta te ha caído!»

Sin necesidad de esgrimir nuestras cañas, otras *Efémeras* fueron bajando, alegres y decidoras. Una de ellas, de cabello castaño y ojos verdes, ondulante y saltarina, vestida de túnica roja, nos dijo: «Mi puesto de vigilancia está entre las regiones de *Cæcias* y *Apellotes*, que es como decir Nordeste y Este. Vi entrar por el golfo de Rosas una barcada de dominicos, y otra de trinitarios, que fueron bien acogidos en la playa y marcharon á ponerse bajo la custodia de los obispos de Gerona y de Vich. Mis hermanas y yo presenciábamos en Barcelona la llegada de una banda de capuchinos procerosos, bien cebados y con unas barbas hasta la cintura. Al pasar por la Rambla les arrearon una silba espantosa. Los frailes barbudos, azuzados por mujeres y chiquillos, tuvieron que buscar refugio en la iglesia del Pino, á donde acudió el Gobernador con policía para sacarlos de aquel trance y llevarles con mucho mimo al Palacio episcopal. El señor Prelado, después de tenerlos varios días en su casa á mesa y mantel, les alojó solícito en varios conventos de Cataluña.»

Otra de las mensajeritas aéreas nos contó que en Tortosa dieron fondo unos benedictinos jacarandosos que, según se dijo, venían á montar en Tarragona fábricas de licores tan ricos y celebrados como los que en Francia

elaboraban... Compareció seguidamente una nueva *Efémera* de túnico negro recamado de oro, quien, después de declarar que venía de la región del *Eurus* (Sudoeste), nos informó de que en Cartagena habían penetrado mesnadas de agustinos-recoletos, los cuales tomaron al punto el caminito de Orihuela, donde el Obispo les tenía prevenido un holgado monasterio. Allí se instalaron todos los que en él cabían. Los demás recibieron albergue en el Seminario, hasta que se les habilitara definitiva vivienda en un convento de Alicante. Añadió la informadora que, tras de los agustinos-recoletos, llegó un nutrido cargamento de los frailecitos de babero y tricornio. Parte de éstos quedaron en Cartagena, bajo la tutela y amparo de una junta de damas sumamente pías y rezadoras, y los otros tomaron el tren para irse á Murcia, pues allí les esperaban con los brazos abiertos individuos del Comité conservador y el Prelado de la diócesis.

Recorriendo el cuadrante hacia la región *Notus*, entiéndase Sur, otra ninfa de los aires, no menos graciosa que sus hermanas y muy bachillera, nos contó que por Almería había penetrado un buen golpe de monjas, llamadas descalzas aunque todas llevaban medias y zapatos. Venían afligidas del mareo y de la inanición. Pero al punto se las socorrió con cuanto pudieran necesitar. Con ellas desembarcaron unos frailecos mal trajeados, desnudos de pie y pierna, *si que también* muertos de hambre. Las esposas del Señor

encontraron su nido y agasajo en la propia ciudad de Almería, y los frailachos se metieron tierra adentro á la querencia del Obispo de Guadix.

Con todo lo referido no es completa la información *efemeridea*. Yo la resumo y sintetizo, agregando otras noticias y datos que nos dieron las vagarosas hijas del viento. Por Sevilla hubo también inundación de religiosas clarisas; á Valencia llegaron trapenses y paúles; la frontera de Francia, por Navarra y la Seo de Urgel, dió paso á espesas caravanas de salesianos, premostratenses, terciarios, redentoristas, adoratrices, trinitarias, capuchinas, ursulinas y otras muchas castas y familias del inmenso mundo monástico.

Cuando ya las aladas mensajeras comenzaban á remontarse de nuevo en los aires, apareció la *Efémera* mía, la de Tafalla, que en aquella ocasión me pareció capitana de todas ellas, la que al pisar el suelo tomaba apariencias marmóreas y formas del más puro helenismo.

«¿A dónde vais ahora?—le pregunté tembloroso.

Ella me contestó con suprema tranquilidad: «Vamos á llevar por todo el mundo las nuevas de esta plaga de insectos voraces que devastará tu tierra.»

Y quitándole á Casianilla la caña que ésta conservaba en sus manos, la figura estatuaría azuzó á las *Efémeras* rezagadas. Todas remontaron el vuelo en alegre remolino bullicioso.

## XXIV

Las vimos subir rápidamente hasta una región muy alta del espacio, donde se fraccionó la bandada en grupos que partieron hacia distintos puntos del horizonte.

Emprendimos Casiana y yo nuestro regreso al centro de Madrid, buscando la vuelta de Recoletos por la Ronda de este nombre y las inmediaciones de lo que fué huerta de las Salesas. Por aquella parte, la Villa trataba de embellecerse, y abría en los solares polvorosos la cimentación para nuevas y elegantes casas de vecindad. Charlando de las peregrinas cosas que habíamos visto y oído caminábamos á la ventura, guiados, más que por la intención, por el instintivo movimiento de nuestros propios pasos.

Sin darnos cuenta de ello, costeamos la maciza fundación de doña Bárbara de Braganza, y por calles á medio construir llegamos á internarnos en el Parque de Buenavista. Hicimos alto para descansar en un banco de las rampas que dan á la calle de Alcalá, frente al palacio de Alcañices. Aunque el sol picaba templando el ambiente invernal, yo sentía un frío que no pude mitigar embozándome en mi capa hasta las narices, porque aquella tiritona era síntoma febril de mi estado anímico al considerar la invasión mo-

nástica, principio de un período histórico desastroso para nuestra pobre España.

A mis quejas lastimosas contestó Casianilla: «Como nosotros no podremos impedir que España se convierta en un gran monasterio, nuestro papel es ver y esperar. Si llega el caso de que no haya más remedio que ser yo monja y tú fraile, no te apures, Tito, que ya encontraremos conventos donde convivan ambos sexos.

—Así tendrá que ser, nenita—dije yo, y como estaba helado propuse que siguiéramos andando hasta la calle de Sevilla, y que allí tomásemos la dirección de nuestra casa, con escala en algún café para matar las horas de la tarde.

Por ambas aceras de la calle de Alcalá bajaba un tropel de paseantes que iban á tomar el sol en el Prado y el Retiro. Eran á mi parecer funcionarios que abandonaban la ociosa oficina para espaciarse con la señora y los niños, pensionistas de poco pelo, tenderos desocupados, rentistas de mediano pasar, provincianos con dinerito fresco, que practicaban la deambulaci6n como un obligado empleo de la actividad en los días serenos.

Por el centro de la calle rodaban los mismos carruajes que habíamos visto el día anterior y todos los días, conduciendo á las damas de siempre, bien emperifolladas, y á los señores del margen que acompañaban á sus esposas en el asiento zaguero de las carretelas. Acrecían el tumulto los gallardos

jinetes y los caballeros que guiaban faetones ó tilburis con la pericia de consumados aurigas. En las caras de toda esta gente, así la de á pie como la de coche, así la de alto como la de rastrero pelaje, observé una tranquilidad paradisiaca. Sus cabezas no alojaban otra idea que la del momento presente, el goce del paseo al sol, la vanidad de exhibirse con galas y arreos de distinción fantasiosa.

¡Pobres majaderos! Desconocían en absoluto la gravísima situación de nuestro país, el momento histórico, semejante á la entrada de los cartagineses ávidos de riqueza, de los bárbaros visigodos ó de los insaciables y feroces agarenos. Nada sabían, nada sospechaban: se enterarían de la nueva esclavitud cuando ésta ya no tuviese remedio. Me costó trabajo contener este grito de alarma: «¡Bobalicones, despertad de vuestra modorra estúpida! ¡No tenéis gobernantes que sepan contener, ya que no extirpar, la horrible plaga que se os viene encima!»

Al pasar por la calle de Sevilla entramos en la tienda de mi amigo Matías Luengo, sobrino del famoso comerciante, parlanchín y entrometido don Plácido Estupiñá, de quien tanto hablé en diferentes ocasiones. Traficaba Matías en objetos de escritorio. Comprámosle un paquete de sobres, charlamos, le pregunté si estaba contento de su negocio, y me contestó que de sus ventas no sacaba más que lo preciso para un mal vivir. El Cielo le había dado cuatro hijos, y su mujer, que era una coneja, le traería el quinto retoño para

Febrero próximo. En vista de este crecimiento del familiaje, pensaba añadir á su tráfico el de devocionarios, florilegios, novenas, cilicios, recordatorios de difuntos, estampitas de todos los santos del cielo, escapularios y demás chirimbolos pertinentes á la santa Religión.

Yo le felicité, palmoteándole en los hombros, y le dije: «Eres un genio, Matías. Has previsto el fetichismo farandulero á que nos llevará la maldita Restauración. Ahora empieza, fijate bien, ahora empieza el reinado de la Muerte y de las santurroneñas bobaliconas. Tú serás rico. Haz todos los hijos que puedas, que el negocio místico te dará pan para ellos, y para tus nietos y biznietos, hasta la cuarta generación. Adiós, chico. El Espíritu Santo ha entrado en tu casa. Adiós.»

A lo largo de la calle íbamos tropezando con cómicos y toreros, y en ellos vi caras satisfechas aunque perecían de hambre por falta de contratas. A mi paso por diferentes tiendas vi también sastres, joyeros y perfumistas, que parecían muy contentos viviendo al día con menguadas transacciones. Junto á nosotros pasaron dos curas, ante los cuales me quité el sombrero haciendo acto de sumisión y reverencia. Era muy cuerdo y saludable vivir en santa paz con nuestros opresores.

En la esquina del callejón de Gitanos encontramos á Delfina Gil. Después de saludarme con rígida frialdad, me dijo que iba á poner una nueva Funeraria de gran lujo en

la propia Carrera de San Jerónimo, y que introduciría en España las últimas novedades en féretros de cinc sobredorados y en carrozas-estufas á la *gran Daumont*. Pensaba adornar su escaparate con espléndido surtido de coronas fúnebres de hilo de cristal, elegantísimas, y con unos angelitos, arrodillados, que daban el opio. La colmé de parabienes, vaticinándole un éxito formidable. Merecía la inmortalidad por su idea y planes para enterrar la vida española con todo el boato y *chic* de las artes mortuorias.

Seguimos, y al embocar la Carrera de San Jerónimo, tropecé de manos á boca con Vicente Halconero, que salía del Casino. Cortés y afable como siempre estrechó mis manos, no escatimando un gentil saludo ceremonioso á mi compañera humilde.

«Ya sabrá usted—me dijo—que está próximo el advenimiento de los Constitucionales al Poder. El turno se impone, y la tocata liberal ha de sustituir á la tocata conservadora. Espero yo que entre ambas músicas haya bastante diferencia, así en lo fundamental como en lo externo... Entiendo que tendremos elecciones generales en Febrero ó Marzo, y usted no me negará entonces lo que tantas veces le pedí. Aceptará usted un acta de diputado, y en los escaños de la mayoría lucharemos juntos por el progreso, con su poquito de morrión y sus toques democráticos, todo ello dentro del orden más perfecto.

—Sí, sí, Vicentito—le contesté, con la so-

carronería que en aquella hora dominaba en mi ánimo.—Puede usted hacer de mí lo que quiera. Y si tocan á repartir algunos destini- llos dénme á mí el de Inspector de Monjas, quiero decir, de los monasterios que han de ser creados para reunir los dos sexos en la vida contemplativa.

—¿Pero qué dice el amigo Tito? ¿Se ha vuelto loco?... ¡Ah! Es que á usted le solivianta lo que se cuenta por ahí de si vienen ó no vienen los religiosos regulares expulsados de Francia. No haga usted caso. Ataremos corto á los que vengan no más que á darse buena vida, y recibiremos con estimación á los que traigan la idea de establecer en España buenos Colegios, donde podamos dar decorosa educación á nuestros hijos.»

No quise hablar más y me despedí de Halconero con breves razones amistosas, lamentando que un caballereite tan espiritual no apreciara el feo cariz del nublado cartaginés y agareno que entenebrecía el cielo español, ni viera claramente que se iniciaba un período de larga y pavorosa esclavitud. ¡Pobre Vicentito, tan joven, tan simpático, y ya contagiado del negro y pestilente virus!

## XXV

Casiana y yo nos colamos en el café de *La Iberia*, dirigiéndonos á las mesas donde habitualmente concurrían mis amigos. En efecto,

allí estaban Campo y Navas, Llano y Persi, Casaldueño, y Carratalá. En una piña inmediata vi á Díaz Quintero, republicano, que alternaba con Fernández Bremón y Mariano Zacarías Cazorro, conservadores, y con Pablo Cruz, León y Llerena, Zoilo Pérez y Cándido Martínez, sagastinos.

Apenas cambié con ellos los primeros saludos, y algunas palabras referentes á sucesos de actualidad, comprendí que ninguno de aquellos esclarecidos ciudadanos paraba mientes en el capital suceso histórico que á mí me volvía tarumba. O lo ignoraban, ó las menudencias y chismorreos políticos les impedían fijarse en los hechos que, afectando intensamente al porvenir de la Patria, se nos presentan revestidos de una insignificancia traicionera. Los afectos á la Situación imperante aseguraban que había Gobierno de Cánovas para rato. Al proclamarlo así, reforzaban su opinión con apuestas humorísticas de cinco duros contra dos reales. Los otros, entonando con diferentes inflexiones el *esto se va*, vaticinaron rotundamente que antes de dos meses cogería Sagasta las riendas y la tralla del Poder.

De pronto llegaron á nuestras mesas otros dos individuos, cuyos nombres no son del caso. Con frase tajante y enfática *sostuvieron la tesis* de que don Antonio se había hecho imposible por su soberbia, y porque no supo desprenderse á tiempo de los pulpos del *moderantismo*. Un tercer sujeto, que presuroso vino de las mesas interiores, nos dijo en to-

nillo parlamentario: «¡Ah, señores! Mi *teoría* es que política nueva pide hombres nuevos. Las cosas caen del lado á que se inclinan. O la regia prerrogativa no sabe lo que se pesca, ó ha de poner en seguida en manos de don Práxedes el timón de la nave del Estado.»

Reunidos todos, enzarzaron sus ágiles lenguas en el discreto político sin tocar ningún punto de interés público, picoteando tan sólo en las cuestiones de orden burocrático, que eran para los Fusionistas ó Constitucionales el único imán de sus pueriles ambiciones. Diferentes nombres sonaron de mesa en mesa para distribuir entre ellos los cargos políticos de la nueva Situación, Direcciones generales y Gobiernos de provincia. Entre aquellos ociosos charlatanes no faltaron algunos vivos que graciosamente se adjudicaran las mejores prebendas. A la entrada de los agarenos, ó si se quiere cartagineses, no consagró ninguno de los allí reunidos, hombres de diferente cartel político, una sola palabra.

Asqueado de la frivolidad de tales majaderos, que con raras excepciones sólo apreciaban la vida pública por los apremios de su vanidad ó de su flaco peculio, pretexté para retirarme un repentino dolor de estómago con ganas de vomitar, y cogiendo del brazo á Casianilla nos plantamos en la calle. ¿A dónde iríamos? A casita, á mi caverna solitaria, ó á darle albricias á nuestra coruscante amiga la Excelentísima señora Condesa de Casa Pampliega.

Ibamos por la calle del Lobo, y en los ex-

tremos de ella vimos lujosa berlina parada junto á una puerta humilde. De ésta salió una dama en quien al punto reconocí á la Marquesa de Villares de Tajo, mujer talentada y de historia, vistosa todavía y de buen talle aunque había rebasado con creces las fronteras del medio siglo. En su coche partió hacia la Carrera de San Jerónimo. ¡Pobrecilla! Venía de parlotear con los *Caballeros de la Tenaza*, albergados á espaldas de la iglesia de San Ignacio. Pensé que ya le estaban ajustando las cuentas para mandarla al otro mundo bien limpia de pecados, y aliviada del peso de sus cuantiosos intereses.

Permanecíamos Casiana y yo junto á la puerta mísera, contemplando la lobreguez del hondo zaguán, cuando vimos que de aquellas tinieblas salían un cura joven, gallardo, desenvuelto, y una señora hermosísima. ¡Oh asombro de los asombros! La señora era Lucila Ansúrez, más conocida en estas historias por el lindo mote de *La Celtibera*.

## XXVI

La nieve que blanqueaba el cabello de la viuda de Halconero no era esterbo de su belleza, que se defendía bravamente contra la edad, frisante ya en los cincuenta años si no fallan mis cómputos cronológicos. Apenas me vió en la calle, honróme Lucila con expresivo saludo, presentándome inconti-

nenti al clérigo, mocetón elegante, limpio, y cumplido galán por su melosa cortesía.

«El Padre Garrido—dijo *La Celtibera* en la ceremonia de la presentación.—Don Proteo Liviano...»

Al pronunciar Lucila mi nombre se arrancó el jesuita con estas hiperbólicas alabanzas: «¡Ah, el señor Liviano! Mucho gusto en verle. Ya le conocía y le admiraba como historiógrafo eminente. Yo también soy aficionado á la Historia, y en el nuevo Colegio de Chamartín tendré á mi cargo esa importante asignatura. Mi ciencia es corta; pero supliré la escasez de conocimientos con mi firmeza de voluntad, imitando en lo posible al maestro que me escucha...»

Intervino Lucila con esta donosa corrección: «No se achique, Padre Garrido... Y usted, amigo Tito, no le haga caso, que la más alta virtud de este santo varón es la modestia, una modestia verdaderamente angelical.»

Al protestar el clérigo de los elogios de *La Celtibera*, llegó hasta ruborizarse, y yo, penetrando en la médula de aquel carácter más fino que el coral y con más conchas que un galápago, le devolví sus lisonjas con este golpe de incensario:

«Bien sé con quién hablo, reverendo Padre. He leído en el *Iris de Paz* la respuesta que da usted á las diatribas con que *La Ciudad de Dios*, el periódico de los agustinos, trata de mermar las glorias de La Compañía. Es usted escritor de primer orden y dia-

léctico formidable. Así como suena... En esfera humilde, hago yo lo que puedo por la ilustración del pueblo español, tan católico como desgraciado... Esta señora que á mi lado está es mi esposa, doña Casiana *Coelho*, insigne pedagoga, maestra en todas las artes y ciencias, de quien tomo ejemplo, apropiándome su saber al mismo tiempo que imito sus virtudes... virtudes excelsas, noble señora y caballero tonsurado, pues en mi dulce cónyuge se confunden y amalgaman la prudencia, la castidad, la paciencia, la caridad, las artes caseras, el filosofismo más espiritual y el don de escudriñar las obscuridades del porvenir...»

Colorada y balbuciente, Casianilla quiso desmentir los embustes que en honor suyo desembuché, y en el rostro del clérigo advertí un ligero mohín de desconfianza: sin duda interpretaba en sentido burlesco mi lenguaje hiperbólico. Lucila, también un poquito recelosa, inició la marcha hacia la calle del Prado. Detrás fuimos los tres, y yo, arrimándome al Padre Garrido, de quien no quería separarme sin soltarle alguna barbaridad, acaricié su tímpano con esta blanda ironía:

«Dios me ha deparado el placer de ofrecer á usted hoy mis respetos, Padre Garrido... Ya sé, ya sé que ayer llegó usted de un corto viaje á París, á donde fué con el mandato de organizar la nueva traída de jesuitas para el Colegio de Chamartín de la Rosa, institución educatriz que será el coronamiento de la su-

blime longanimidad de la señora Duquesa de Pastrana.

—El objeto de mi viaje á Francia no está bien que yo lo diga—replicó el clérigo un tanto amoscado.—Sólo indicaré á usted que hace tres días estaba ya de regreso en la Villa y Corte, donde seguiré hasta que lo disponga quien puede hacerlo, consagrado al servicio del Señor y á la salvación de las almas españolas.

—A lo mismo nos dedicamos nosotros—dije, poniéndome la mano, no precisamente en el corazón, pero muy cerca de él.—Mi esposa y yo también servimos á Dios y salvamos almas cuando se tercia... En la persona de usted, Padre Garrido, reverenciamos á la milicia cristiana, á quien el Altísimo otorga el mandato de gobernar á los pueblos y conducirlos á la eterna gloria. Ya nuestra España es de ustedes. Aquí no reina Alfonso XII sino el bendito San Ignacio, que á mi parecer está en el cielo, sentadito á la izquierda de Dios Padre... Los españoles somos católicos borregos, y sólo aspiramos á ser conducidos por el cayado jesuítico hacia los feraces campos de la ignorancia, de la santa ignorancia, que ha venido á ser virtud en quien se cifra la paz y la felicidad de las naciones... Nos prosternamos, pues, ante el negro cingulo, y rendimos acatamiento al dulcísimo yugo con que se nos oprime *ad majorem Dei gloriam.*»

No se le escapó al ladino y sutil clérigo el saborete irónico que ponía yo en mis pa-

labras. Con forzada sonrisa y frunciendo el ceño, doble y equivoca expresión facial de su índole solapada, el joven Padre me alargó la mano buscando la fórmula de despedida. También Lucila mostraba deseo de cortar nuestra conversación, poniendo tierra entre los dos grupos, y así me dijo:

«Sigán ustedes paseando, Tito; el Padre y yo tenemos que ir á la Nunciatura para un asunto...»

—La Virgen les acompañe, reverendo caballero y señora ilustre—dije yo destapando mi cabeza.—Y si se acuerdan de estos pobres pecadores, tengan la bondad de implorar para nosotros la bendición apostólica, por mediación del santísimo Nuncio... Adiós, adiós.»

## XXVII

Viéndoles partir hacia la Plaza del Angel, Casianilla, súbitamente alterada y colérica, me dijo: «Si estuviéramos en descampado les apedrearíamos. ¿No te parece?»

—No, hija mía, no—repliqué yo, cogiéndole el brazo con que imitaba el manejo de la honda.—Modera tu arrebato bélico, que los tiempos son más de paciencia solapada que de fiereza impulsiva. Si apedreáramos, podría suceder que nuestros tiros no dieran en la cabeza del Reverendo, que bajo la capa de su finura exquisita esconde las intenciones de un grandísimo bellaco, y fuesen á des-